

«Un crítico necesita algo más: olvidar la mitad de lo que ha aprendido en las aulas. Pero, ¡ay de él si no sabe la otra mitad! Y, sobre todo, ¡ay de él si no llena con propias doctrinas y estudios de experiencia de vacío que deja lo que se debe olvidar!»

(*Ibid.*, pág. XLVII)

También se refiere Martínez Cachero al Clarín narrador (págs. XLIX-LXI), con un importante análisis valorativo de sus cuentos.

Pero la parte central de su estudio, muy interesante, se refiere, evidentemente, a *La Regenta*, aludiendo de pasada a su naturalismo —sin extraer conclusiones que la crítica posterior fijaría—. Soberbio cuando trata el tema de los personajes de esta novela, con notas acerca de sus modelos reales posibles. Discute también sobre el plagio que pretendía Bonafoux, y sienta las bases para una crítica más reciente de la obra (pág. LXXIV), con una alusión al complejo entramado de la misma (pág. LXXV). Recoge otro curioso texto de Clarín a este propósito:

«... yo —declaraba el interesado en su carta pública a Martínez Vigil— creo que mi novela es moral, porque es sátira de malas costumbres, sin necesidad de aludir a nadie directamente.»

(*Ibid.*, pág. LXXVI)

Contiene, asimismo, un interesantísimo apéndice a *La Regenta* (págs. LXXVII-LXXXV), con reseñas de prensa sobre la obra, la pastoral polémica del obispo de Oviedo, la protesta de los alumnos de Clarín, etc. Finalmente, una bibliografía comentada. Se echan en falta, no obstante, ciertas notas a la edición, que son muy exiguas.

En definitiva, se trata de una de las mejores y más clásicas ediciones de *La Regenta*, y quizá con el texto que yo prefiero, que corresponde a la primera edición de la obra, de 1884-1885, cuando Clarín era aún un rebelde inquieto, lleno de savia crítica. Téngase en cuenta que las posteriores ediciones de esta obra, siguiendo a la de Sobejano, prefieren remitirse al texto último corregido por Clarín, cuando éste ya estaba en una etapa espiritualista —etapa evidentemente también interesante, pero que resta fuerza a su crítica juvenil.

Por su importancia, como hito en los estudios clarinianos y en las ediciones de *La Regenta* hay que mencionar la de Gonzalo Sobejano⁸, en dos volúmenes con alguna ilustración de la primera.

El interés fundamental de esta edición reside en el texto, que creo por primera vez que yo sepa, en edición moderna, recoge el de la segunda y última publicada en vida del autor, en Madrid, Librería de Fernando Fe, 1900, con prólogo de Galdós. La posterior, de Juan de Oleza, recoge, asimismo, este mismo texto.

A Gonzalo Sobejano debemos magníficos estudios sobre literatura española, entre los que debe destacarse su admirable *Novela española de nuestro tiempo*, Madrid, Prensa Española, 2.^a edición corregida y ampliada, 1975.

Al presentar aquí por primera vez a la crítica moderna un texto preterido, el de la segunda edición, nos plantea un posible trabajo de investigación que alguien debería

⁸ LEOPOLDO ALAS «CLARÍN»: *La Regenta*, edición de Gonzalo Sobejano. Madrid, Castalia, 1981 (Clásicos Castalia, 110 y 111).

abordar: comparar el texto de la primera y la segunda ediciones de *La Regenta*, pues se estima que el autor realizó correcciones en ella, y ver en qué sentido hizo estas modificaciones, pues para entonces Clarín ya estaba en su etapa espiritualista —también muy loable, pero que me hace desconfiar un poco de esta edición, en espera de un cotejo de ambas mencionadas.

En su introducción, Sobejano recoge textos de cartas que testimonian la admiración de Clarín hacia Galdós, y su humildad como escritor. Incluye una biografía sucinta y resumida, y analiza brevemente la totalidad de su obra.

Se refiere al tema de la novela naturalista (págs. 16-29), a la que caracteriza bien siguiendo las ideas de Clarín —pero no las de Zola.

Menciona también la actitud realista de Clarín:

«(...) el trabajo personal del novelista consistirá en disponer racionalmente los objetos (experimentación), a fin de que los datos de la observación se movilicen y sirvan para inducir o deducir las leyes y formas de los fenómenos, donde podrá reconocerse la enseñanza, el resultado, la obra misma del arte. Sin necesidad de negar la metafísica, que el positivismo inútilmente se afana por abolir, se atiende a lo que la realidad es, no a lo que se supone que sea.»

(*Ibid.*, págs. 18-19)

Intenta caracterizar brevemente el naturalismo de Clarín:

«Conocimiento documentado, mimesis y totalidad son actitudes básicas del novelista nuevo. Pero nada de esto significa ciencia, fotografía, positivismo de escuela, empirismo indiferente al pensamiento (...) hace de *La Regenta* una novela naturalista en muchos aspectos de técnica literaria, pero no tanto en otros: sentido moral, sustrato mítico, simbolismo. Aquí Leopoldo Alas prepara el camino hacia ese “naturalismo espiritual” que Galdós llevaría a su cima en *Fortunata y Jacinta* (1886-1887).»

(*Ibid.*, pág. 20)

A este respecto, creo que es muy interesante este tema del «naturalismo espiritual» de Clarín, pero no debe hacernos caer en el error: la novela de Clarín *La Regenta*, es cáustica en su crítica social y psicológica, aplicando rigurosamente algunas de las teorías de Zola, como intenté demostrar en mi trabajo citado, lo cual no obsta para que Clarín haga un hueco a la religión y al espíritu, más allá de su crítica de actitudes concretas. Pero no se trata de un naturalismo «descafeinado», a la manera de Pardo Bazán, sino de un naturalismo inquieto y beligerante, aunque con una perspectiva propia que deja lugar para la influencia del medio social —sobre el determinismo físico más simple, de Zola—, a la influencia de los acontecimientos del pasado que explican la psicología de los personajes —según la «lógica de los antecedentes» naturalista—. El naturalismo de Clarín es un naturalismo peculiar, personal, pero crítico y verdadero: adapta a Zola a su manera —negando, por ejemplo, el positivismo y aceptando un mundo religioso y espiritual, cuyos excesos de beatería provinciana critica—, pero lo conoce y lo sigue en sus líneas fundamentales. Insisto, por tanto, que la guía para conocer la originalidad de Clarín es Zola, aunque nuestro autor sea peculiar y, en muchos aspectos, más interesante que el francés.

El estudio introductorio de Sobejano, por otra parte, está muy bien documentado, con una gran profusión de notas bibliográficas que permiten indagar en las líneas que

abre su exposición teórica y proseguir en una posible investigación para un joven universitario interesado en el tema.

Se refiere al empleo del «estilo indirecto libre» como medio de impersonalidad en esta novela (pág. 26). Y a la peculiaridad del naturalismo de Clarín (pág. 28), aunque creo resta fuerza al naturalismo clariniano que creo evidentemente existió. Sobejano piensa que al no aceptar el positivismo, ni que el arte fuese ciencia, el naturalismo era cuestión de oportunidad para Clarín (pág. 28). Por el contrario, frente a Sobejano pienso que Clarín era más naturalista de lo que gran parte de nuestra crítica ha creído siempre, aunque adoptara una postura personal —insisto—, pero dentro de unas bases de aceptación. No creo que el naturalismo fuera una moda, una oportunidad, como parece insinuar Sobejano.

Por otro lado, Sobejano destaca muy bien lo que *no* es naturalista en él: el sentimiento religioso, preocupación por el sentido de la vida, dimensión de interioridad anímica, un significado moral cristiano (pág. 29). Pero quizás obvia lo que *es* naturalista en él, como he procurado destacar en mi trabajo.

Debo advertir que estas diferencias personales de concepción mías con respecto a Sobejano —crítico mucho más avezado que yo, y ante el que no cabe sino admiración— no impiden una valoración correcta y muy positiva de sus ideas críticas y su edición, que es todo un hito en los estudios clarinianos, como ya he dicho antes.

Sobejano pasa luego a tocar un tema un tanto especulativo, como es el problema del mal en *La Regenta* (págs. 30-33), a la que califica de «novela densamente crítica y profundamente triste» (pág. 30). Divaga luego un tanto sobre el mal, la soledad de los personajes (pág. 33), la falta de sentido de su mundo (pág. 34) —en este último aspecto rozaríamos un punto peligroso: aplicar categorías de interpretación existencialistas a *La Regenta*, que es una obra naturalista, y ello creo ha sido fuente de errores críticos en el pasado a este respecto.

Es muy interesante cuando se refiere a la influencia de Renan (págs. 36-39) sobre el «amor de hermana» entre Ana y don Fermín.

Prosigue tratando luego Sobejano el tema del mal como corrupción, corrompimiento (págs. 39-43), el mal de la carne (pág. 43), alusiones lujuriosas en *La Regenta* —muy interesante— (págs. 43-45), el mal como infierno (págs. 45-55) —con notas de gran interés sobre la influencia de Santa Teresa (págs. 47-51)—, tema de la soledad (pág. 55), la sensibilidad cristiana (pág. 56), y —discutible, teniendo en cuenta los escritos críticos de Clarín— sobre su decadentismo (pág. 56).

Establece una interesante relación de esta obra con *La conquête de Plassans* de Zola —creo que es de 1874 aproximadamente (págs. 14-15, pág. 42).

En definitiva en esta última parte el trabajo crítico de Sobejano, siempre admirable, es una interesante especulación temática, sensible y documentada, pero que quizás no tiene en cuenta las ideas del naturalismo francés en que Clarín se basa. Ello lleva a un interesantísimo estudio de símbolos y motivos. Personalmente sigo pensando que el quid interpretativo de *La Regenta* reside en el naturalismo y los problemas ideológicos que de él se derivan, como el entramado social y psicológico que lleva a la aplicación de unas técnicas narrativas determinadas. Todo ello no obsta para que otros críticos tengan, evidentemente, concepciones distintas y hayan escrito